





matris meae: ibi me docuisti, et dabo tibi poculum ex vino docetis, et mulsum matorum granatorum meorum.

3. Lava ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.

4. Adjuvo vos, filius Jerusalem, ne subvertas, neque evigilare facias dilectam, donec ipsa veñit.

mente revelada de nuestra naturaleza, y verdadero hombre como nosotros, á excepción del pecado. Que se hallan fuera: y que le ves al descubierta en su santa humanidad: y que lo que es incomprendible en sí mismo, se dejó comprender en nuestra naturaleza, bajo de la cual ha de aparecer. Y que te desanar, y que yo sea tan dichosa, que ven en persona la verdad misma, que ahora no puedo sino por la fe. El amor no daba á su Esposa este detalle que pide, sino por la boca de los profetas, que la anunciaban su venida. Y la Esposa explica aquí el deseo pendiente, que tiene de que venga el amante á darle este santo ósculo, uniéndose á su carne, y haciéndosele presente. Y ya me lo me despreciar. La Sinagoga antes de Jesucristo estaba en cierto modo expuesta al desprecio, como está el que ama, y estando sujeta á las observancias legales, y no teniendo sino sombras y figuras, no podía la verdad misma. Dice la reservada para cierto tiempo, en que la que era estéril, debía verse libre de su opresión por la gracia del Evangelio, que la ha hecho fecunda y madre de muchos hijos. *Galat. iv, 27; Isa. liv, 1.* El fondo en señal de adoración y de amor. *Psalm. n, 12.* La Iglesia de los antiguos justos deseaba ver á su Dios sobre la tierra hecho hermano suyo, para adorarlo, y mostrarle su fe y amor. Este debía ser el carácter de la nueva alianza, y así como al principio de este cantico pide la Esposa á su Esposo esta señal de amor, como principio de su felicidad, así ahora pide su venida para adorarlo, y darle este ósculo, para que quede perfeccionado su espiritual desposorio con el mismo.

1 En estas mismas palabras parece que se declara la mas perfecta union de Jesucristo con la Iglesia, por respecto y con alusión á lo que se practica en los tiempos de las bodas. *Genes. xxiv, 67.* La Esposa convida al Esposo á la casa de su madre, cuando los votos de los santos perituros, de los profetas, y de los antiguos justos, que representaban la Esposa en otros tiempos, hicieron por último descender al Verbo del seno de su Padre á la Sinagoga, que era su madre: y que allí, esta en, en medio de la congregación de los Judios, dice á la que había escogido por su Esposa, aquellas admirables instrucciones, y seguras divinas reglas de su conducta, que el solo podía dar á su Iglesia. Allí, dice la Esposa, yo te tomare, y te llevaré al templo, y te mostraré á todo el mundo: allí todos oírán tu predicación, y la palabra de tu Evangelio, y allí será mi maestro, enseñándome la nueva ley, ley toda de gracia, y de amor y de perfección.

2 *Psalm. De confesión. M. A. De via piam.*

3 En lo que sin duda se hace alusión á lo que tambien se usaba entre los Hebreos, que en el tiempo de celebrar las bodas, el Esposo y la Esposa bebían juntos de lo que se les presentaba en una misma copa, que era vino perfumado, y compuesto con varias perfumes y espíritus aromáticos. La Iglesia agradecida á su amor tan exaltado, le promete que no sentirá jamás las fatigas y trabajo, que cumplirán en darle sus instrucciones y documentos: pues como fruto de ellas, le presentará un crecidísimo número de hombres escogidos en los Apóstoles, discípulos y otros innumerables justos, que mostrarán el ardiente amor que le tendrán, en la práctica de todas las virtudes, y en ejercer su vida, y derramar su sangre por su amor. Este vino nuevo ó nuevo licor de las granadas, explica muy bien el amor de la caridad de aquellos que aman al divino Esposo, como no lemer amar por él: un vino nuevo que lavra, no sobre ni consistente en el aprendizaje, sino que las arde y echa toda fuera. Este vino nuevo debía beberse en otros vasos; esto es, en hombres que renovados por el Espíritu Santo, pudiesen soportar la fuerza de este vino nuevo en aquel cáliz que el Esposo bebía primero.

4 Estando, como parece, la Esposa con su Esposo en el campo, aunque gozaba de su presencia, deseaba enseñar todo con él, sin que nada pudiera entorpecer sus almas, como declaró en las palabras ya dichas. Mas viendo que le faltaba aquella facilidad para pasar totalmente de un estado, se desmayó con una oportuna consola, como en semejantes afectos otra vez lo ha hecho: y porque para todo tiene por disco remedio á su Esposo, lo pide al tiempo de su desfallecimiento, el remedio seguro de su abrazo: lo que practica el Esposo, conforme á la demanda de otro tiempo, que ya dijimos, donde queda declarado el sentido de este versículo. *Cep. n, 6, 7.*

5 Entre palabras y el sentido de ellas se exponen, y usan de diversos modos. Luego que yo, dice la Esposa, convertí á mi Esposo del modo que queda referido, y le mostré los ardientes deseos que tenía de unirse tal con él, fuerza tantas las caricias que me hizo, y tan grande la dulzura y excesivo gozo, con que embriagó mi alma, que me quedé dormida con un sosiego y apacibilidad como sueño entre los brazos de mi Esposo. Y el recién nacido llorando sobre el pecho, encargó á todos que se hicieran ruido, y me dejasen dormir todo el tiempo que quisiese. Desperté, y levantándome callé á mis acompañadas lasoras, pero ya ya sola, sino acompañada de mi amado, apoyada sobre él, y sustentando mi cabeza con su izquierda, y uniéndome abrazada con la derecha. Mis compañeras al verme así, alhucias y casi descomulgándose, preguntaron y dijeron: ¿Qué es esto, etc.

La Esposa, como se ve en los dos primeros versículos, transportada de amor y como fuerza de sí, había podido y prometido grandes cosas, cuando fuerza cedió sus ruegos y plegarias; y ahora volviendo sobre sí, y conociendo su flaqueza, y que nada podía sin la asistencia del Esposo; pero confiada en que no se la negaría, y confortado ya con ella, se dejó llevar en sus brazos, y en ellos reposa con tanto gusto del Esposo, que enarga á todos que no la interrumpen el sueño, ni le descomulgaren, sino que la dejen reposar todo el tiempo que ella quisiese, con lo que se explica admirablemente la elevación de una alma, que libre de todo trabajo interior ó exterior está en la

madre: allí me enseñarás, y yo te daré bebida del vino adobado, y el mosto de mis granadas.

8. Su izquierda debajo de mi cabeza, y la derecha de él me abrazará.

4. Confortaos, hijas de Jerusalén, que no subvertáis, ni hagáis recordar á la amada, hasta que ella quiera.

5. Que est isla, que escondió de desierto, delicias affluens, inuixa super dilectionem suam? sub arbore malo succidiui te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua.

6. Pone me ut signaculum super cor

8. ¿Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado? Debejo de un menzamo te desperté: allí fué corrompida tu madre, allí fué violada tu engendradora.

6. Ponne como sello sobre tu corazón,

empado en su Dios, se abraza en amor del mismo, y así uno con él intimamente. El doce obispo Bessier pone aquí el fin del sexto día.

1 Este versículo quiere el M. LXXX que sea como un parentesco ó semejanza entre las dos hablas de las dos, Esposa y Esposo, y que sean palabras de las personas, que después de recordarse la Esposa del desayuno albedicho, la vieron volver desde el campo á la ciudad, muy unida y abrazada con su Esposo. Pero significando nosotros la serie é hilo que llevamos, parece que la Esposa luego que despertó, y vió á su Esposo, encendida en nuevas llamas de su amor, y superior á todos los respetos del mundo, se arrojó á los brazos de su Esposo, y acobrada por él, volvió de este modo desde el desierto, ó campo á la ciudad: lo que dió ocasión á los compañeros del Esposo á que la elogiaban llena de admiración y sorpresa. Los mismos Angeles se admirarán cuando veno subir la Iglesia desde el desierto de este mundo, en donde no había sino falta de todos los bienes, á la celestial Jerusalén, acompañada de tan noble adorno de méritos y de virtudes. Sube, porque emplea toda su voluntad y todas sus fuerzas, pero apoyada y sostenida siempre por su Esposo, que bajó del cielo para ser todo su apoyo y defensa.

La Iglesia es figurada por la Esposa, unida por caridad con este Esposo admirable. Y Jesucristo, como transformado por la misma en calidad de su Esposo, la conduce al cielo, como á la cámara nupcial, en que esta santa Iglesia debe recibir su perfección. *Lev. de delicias, etc.* esto es, de la dulzura de su palabra, y de la union de su espíritu y de su gracia. *Apoyada sobre su amado, etc.* esto es, confiada en su asistencia en el socorro de Jesucristo, solamente halla en su gracia la fuerza de salir de este desierto, y de elevarse hacia el cielo, que es su patria. Los Padres comunmente entienden tambien esta de los rápidos y acrobáticos progresos de la primitiva Iglesia, sobre la cual se vió derramada la plenitud de la gracia y de los donos del Espíritu Santo.

2 Otros traductores: *Te levantas.* Estas son palabras del Esposo, que oyendo á su compañera alabar á su Esposa de la manera dicha, para que esta no tomase ocasión de engreírse al oír sus propias alabanzas, sube verdaderamente, le trae presente de donde le venia esta gracia singular de que gozaba, y le dice: *Debejo de un menzamo, etc.* haciéndole á la memoria aquel árbol fastoso, bajo del cual Eva su madre había sido pervertida, y había perdido su inocencia original, cuando quiso antes dar oídos á la voz de la serpiente, que la halagaba para perderla, que al principio de su Caidor, que de ningún modo la podía engañar. Esta es la exposición común de los Padres. La letra del Hebreo dice así: *Debejo del asenso te desperté: allí tuvo dolores de ti, te parió con dolores, tu madre: allí tuvo dolores la que te parió:* y siendo masculinos los pronombres *te, y tu*, son palabras que la Esposa dice á su Esposo, y que pueden exponerse en el mismo sentido que llevamos. Considero yo debajo del árbol de la cruz del bien y del mal, de la fruta prohibida, te desperté y moví, para que vinieses al mundo á borrar sus pecados: allí, esta es, debajo de aquel árbol, te concebí, y te parió tu madre, esta es, Eva, á la naturaleza humana, y con gravísimo pecado fué causa de tu Encarnación. Algunos quieren, que aquellas palabras, *debejo del asenso*, sean tomadas del uso de los pastores, que se suelen echar á reposar debajo de los árboles. El M. LXXX viendo esta exposición, supone que la Esposa, volviendo á la ciudad abrumada de su Esposo, y acordándose del principio de sus amores, se los cuenta ahora con grande alegría, viendo el dichoso fin que habían tenido, y le dice: Esposo mío, que me parece que ahora te desposaron conmigo; y esta era estando tú y yo debajo de un árbol en las montañas, debajo de aquel árbol donde te parió tu madre; y allí estubo de parto la que te parió: repitiendo la sentencia como suele. Quiere decir: No eres extranjero, porque de allí eres natural, y allí te parió tu madre, y allí te desperté, y anencié en mi amor; y porque este amor me ha hecho tan dichosa, gozando del bien, que por él me he perdido aquel día y aquella hora, y el lugar donde tú me amaste. Los santos Padres entienden por este árbol ó leño, bajo el cual el Esposo despertó y movió á la Esposa, el santo leño de la cruz, como diciéndola: Debajo del árbol de mi cruz te levante, te di vida, y te resucité á ti, ó Esposa mía, cuya madre Eva bajo de otro árbol halló la corrupción y la muerte, no solo la suya propia, sino la de toda su posteridad. Tal fue tu salud, tu vida y tu renovación.

3 Sigue el Esposo amonestando á la Esposa, y explicándole las condiciones y leyes del verdadero amor. Para lo cual compendiosamente aquí la exposición del M. LXXX, que es excelente. Y pues tú, Esposa mía, tanto me debes, y te he dado muestras tan claras de cuanto te amo, y cuanto he pensado por tus amores; te encargo particularmente que nunca me dejes de tu corazón, ni de amarme: de manera que tu corazón tenga ocupada en sí mi imagen, y no lo de otro ninguno. Has que yo estés en él tan firme, como está la corona en el sello, que está siempre en él sin mudarse; y todo cuanto se imprime en él, sale de una misma imagen: así quiero yo que en tu corazón no haya otra imagen mas que la mía, ni que los pensamientos impriman en él mas que á mí, y primero le hazgas presente, que le puedan hacer mudar al intento que en el tiene. Yo no solo deseo que me tengas en tu corazón y pensamiento; mas tambien de fuera quiero que me mires otra vez, al oírte otra cosa, sino á tu Esposa, y que todo te parezca que soy yo, y que allí estoy yo; y esto lo haré, trayéndome siempre delante de tus ojos, como he que usan sellar sus sacros y sus escrituras, que porque malo las hurta y false el sello, le traen siempre consigo en alguna sortija en la mano, de manera que siempre ven su sello. Y noble, Esposa, que tengo razón de pedirte esto, por lo que he hecho por ti, por causa del amor tuyo, que está en mi pecho, el cual es tan fuerte, y me ha llevado tanto sin poderlo resistir, que la muerte, contra quien no se ve defensa humana, no es mas fuerte que el amor que yo te tengo; ha hecho esto mismo de mí, y lo que ha querido esta mi alma, como la mente busca su voluntad con los hombres, sin ser ellos parte para defenderse de ella. El zelo que he tenido de tu bien, me ha puesto en tantas fatigas y afanes: por eso ten cuenta de amarme solo, así como solo lo mereces por el encendido amor







12. Vinea mea coram me est. Millo tui pectore, et ducuntur hic, qui custodiunt fructus ejus.

13. Quae habitas in hortis, amici asculanti: fac me audire vocem tuam.

14. Fuge dilecte mi, et assimilare capreas, hinnitibus cervorum super montes aromaticos.

1. Tuvo en otro tiempo Salomón, esto es, el Señor, una viña, ó la Sinagoga, de la que percibía algunos frutos; pero frutos que de ningún modo pueden compararse con los que percibirá de mi viña. Y la razón de esto es, porque los que cultivaban aquella viña, eran los sacerdotes, los profetas, y los reyes; pero esta viña de la Iglesia, es el mismo Señor, mi Esposo, el que la cuida: él es el que hecho hombre la cultivó juntamente con su Esposo, por lo que necesariamente sus frutos han de ser más copiosos. Esta es la viña del verdadero Porfíro, en la cual aunque tiene pocos sus obreros para que la labren y cuiden, los tiene prometidos, que nunca les faltará su salazon. *Mateo. xxviii. 30.* Descendida la antigua viña, es entregada esta nueva á nuevos obreros, mas fieles que los primeros, y ellos se harán dignos de recibir la recompensa, que les es debida, ciento por uno en este mundo, y en el siglo vendrán la vida eterna. Pero es de notar, que *los diezmos mandados de plata* no se dan sino á aquellos, que guardan los frutos de la viña, y después que hayan pasado los mil al verdadero Salomón; quiere esto decir, que recibirán la justa recompensa de su vigilancia, caridad y fidelidad.

2. En estas palabras: *mi viña delante de mí está*, se contiene un excelente documento, para que cada uno de los fieles se alicie y exhorta con ellas á arreglar su conducta, conforme al estado de su vida y á sus obligaciones. La viña de mi alma, regada con la preciosa sangre de Jesucristo, siempre está delante de mí, Yo la he de cultivar como conviene, para que ella dé el fruto que debo; y tenga yo después la recompensa prometida á los obreros fieles y colonos diligentes.

3. Son para ti, ó *puerico*. En el Hebreo, y en los *lxx*, está en vocativo. *Tu* es genitivo.

4. Hemos visto ya, que la Iglesia es comparada á un jardín, *cap. iv. 12, v. 1, vi. 1, y la Esposa á una jardinera*, que se ocupa en cultivar las viñas y los jardines: y así no es de extrañar ahora, que el Esposo divino queriéndonos dejar después de la solemnidad de las bodas espirituales para volverse á su Padre, la señale aquí por estas palabras: *Tú que moras, etc.* Los intérpretes convienen comunmente, que este es el último coloquio, que tiene el Esposo con la Esposa, en que la exhorta á desempeñar como debe el ministerio de la predicación de la verdad, por lo que respecta á los que moran sus amigos, que son los que están destinados á escuchar la voz de la Esposa, como que están heren de derecho. Y así le dice: Predica el Evangelio, y los muros preceptos de mí, y anuncia al mundo tiempo los bienes celestiales, que deben ser la recompensa de los que los hubieren observado. Porque ninguna cosa me puede ser más agradable, que oír tu voz, aquella voz con que se anuncian á los pueblos las palabras de la vida y de la salud eterna. Y la respuesta que le da la Esposa es la siguiente, etc.

5. Que es como si le dijera: Vos me mandáis predicar, y queréis oír mi voz; mas huid, Esposo mío, esto es, después de haber cumplido todos los misterios de vuestra Encarnación, y de vuestra pasión, dadas prima á subir á los montes altos de la celestial Jerusalén, á los montes de los aromas, en donde os ofrecerán el nuevo cantar, y el eterno sacrificio de los santos Angeles, y las almas glorificadas, que llevarán el nuevo vos en vuestro tridente. Desde allí me enviaréis vuestro santo Espíritu, sin el cual no puedo yo ponerme en estado de cumplir lo que me decís y ordenáis. Cuando exhorta á su divino Esposo á elevarse sobre los montes eternos, según el lenguaje del profeta rey, *Salom. lxxxv. 4*, avisó á todos sus hijos, que allí es adonde deben encaminar todos sus deseos, despreciando se corran de las cosas de acá bajo, puesto que siendo miembros de Jesucristo están obligados á reunirse con su Cabeza, que está en el cielo. Y aquí es, dice un docto y piadoso intérprete, en donde da fin este Cantico verdaderamente divino, que elevando á nuestros corazones, nos hacen comprender, que la alianza, que en él se nos representa del Esposo con la Esposa, nada tiene de humano ni de terrenal; y que este desposorio espiritual de nuestras almas con Dios, que se comienza dando acá bajo por la gracia, que nos ha adquirido la virtud de la sangre adorable de Jesucristo, no será perfectamente consumado sino en los cielos, figurados por estos montes de los aromas. Allí es en donde por toda la eternidad se ofrecerá el Incienso al Padre como á Cabeza de Jesucristo: al hijo como á Cabeza y Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo; y al Espíritu Santo como al santificador de la misma Iglesia.

La Iglesia y los santos Padres, especialmente San Agustín, á mas de las exposiciones que van mencionadas, aplican muchos lugares de estos divinos cantos á María Santísima, Madre de Dios; pues le conviene con mucha propiedad la calidad de Esposa y Madre del divino Amor; y así la Virgen María es aquella verdaderamente: *Tu puerum, et mactas non est in te*; y aquella de quien se dice: *Quam est letis, quam ascendit, iuxta imper dilectum suum*. Por otros muchos lugares, que según la economía de este sublime epitalimio, y á mas que hace la Iglesia, se puede decir, que son literalmente sus propios de la que dijo: *Ego Mater puerum directum*.

12. Mi viña \* delante de mí está. Tus mil del pacífico, y doscientos para aquellos, que guardan los frutos de ella.

13. O tú que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz.

14. Huye, amado mío, y asúmeme á la corza, y á los uernos cervatillos sobre los montes de los aromas.

## ADVERTENCIA

## SÖBRE LA SABIDURÍA.

Que el verdadero y primer autor de este Libro sea el rey Salomón, no solamente lo decláran por la mayor parte los Padres antiguos, si no que se reconoce claramente por muchos lugares de él, señalándose como con el dedo, que no pudo ser otro el que lo escribió; en tanto grado, que no falta otra cosa, sino solo que se exprese su nombre. Pero ni aun esta circunstancia le falta, pues aunque los Latinos no lo añaden en el título, esto no obstante en el texto griego se lee de esta manera: *Sapientia Salomonis, Sabiduría de Salomón*. Conviene comunmente los doctos en que Salomón lo escribió en hebreo, pero que se perdió el original, del cual aun en tiempo de san Jerónimo no se tenía noticia de que hubiese ya quedado ejemplar alguno. Por esta razón la última y sola fuente que nos ha quedado abierta es griega, y así este Libro juntamente con el del Eclesiástico entra en el número del *Heptateuco*, ó de los siete Libros que del antiguo Testamento tenemos en griego, es á saber: Los dos dichos, el de *Judith*, el de *Tobías*, los dos de los *Machabees*, y el de *Baruch*.

Mas aunque reconocamos por su verdadero autor á Salomón, muchos Expositores son de parecer, que lo es solamente en cuanto al sentido, ó á las sentencias que en él se encierran, pero no en cuanto á las palabras, y á la composición ó coordinación de ellas: por cuanto, como observa muy bien san Jerónimo, brilla en todo él aquella elocuencia y erudición griega, que florece en todo el Oriente, y principalmente en Alejandría en el imperio de los reyes de Macedonia; habiendo dispuesto el Señor, que los divinos oráculos se escribiesen tambien en este estilo, aunque muy diferente de la sencillez hebrea, acomodándose aquella celestial y divina Sabiduría á los usos y gusto de todos los hombres y tiempos. Lo cual se ocha tambien de ver en el Libro de la historia de los Machabees. Algunos pretenden que quien lo escribió, ó sea su compilador, fué Philón, recogiendo y tomando las sentencias de varios escritos de Salomón. Esta Philón no fué el Joven ó el alejandrino, sino otro contemporáneo de Demetrio Phalereo, de quien hace mención Josephus, y que se cree haber sido uno de los *lxx* intérpretes, lo que solo está apoyado en conjeturas poco ciertas. De lo que no podemos dudar es, de la autoridad divina y canónica, que tiene este Libro por consentimiento expreso de la Iglesia católica, que declaró solemnemente esta verdad en muchos concilios, especialmente en el Tridentino, y de que el principal autor, que lo dictó é inspiró, fué el Espíritu Santo; y esto es lo que hace á nuestro propósito, mas quien fuere el instrumento de que se sirvió para comunicar á los hombres los preceptos de la verdadera Sabiduría. Esta sola consideración debe bastar para que un católico oiga todas sus palabras con el mayor respeto, humildad y sumisión.

Es muy elevada la doctrina, que en él se contiene; inspira un profundo respeto hacia Dios, y un grande desprecio de todo aquello, que arrebató de este mundo el corazón de los mortales; y sus exhortaciones y avisos son principalmente encaminados á los reyes, poderosos, jueces y superiores, á quienes pone delante sus estrechas obligaciones, y tambien anuncia los terribles tormentos, y el severísimo juicio, que espera á todos los que gobiernan; y esto con tan vivos colores y con razones tan fuertes, que en toda la Escritura no se leen expresiones mas propias para hacer que los hombres, vuelvan sobre sí, ni mas acomodadas para mover los mas duros corazones. Podemos dividir este Libro en tres partes: en la primera hasta el cap. vii, se alaba y recomienda el amor